
De lugares y de gentes en la frontera intercultural de misiones. Hibridaciones lexicales

Alarcón Raquel • Universidad Nacional de Misiones, Argentina • raquelalarcon58@gmail.com

Resumen

Esta ponencia se encuadra en desarrollos investigativos relacionados con las cátedras de Gramática de la Universidad Nacional de Misiones 1 . Nos proponemos “configurar un dispositivo teórico metodológico para el abordaje de la variedad dialectal de la región” mediante la reflexión metalingüística en el continuo de una dinámica de significaciones, contactando los estudios gramaticales con la vida cotidiana y con otros territorios teóricos y de prácticas del lenguaje. En estas articulaciones interdisciplinarias y de interfaz, el léxico ocupa un lugar de relieve y nos permite configurar diferentes esferas de las interacciones propias de los espacios de frontera y de los modos de poner en juego reglas y convenciones de lenguas y culturas en contacto. Conjeturamos que los juegos del lenguaje en uso conllevan una idiosincrasia semiótica que da cuenta de las dinámicas de la vida en los bordes. Para analizar tales cruces, recurrimos a categorías móviles de des/em/plazamiento espacio temporales, tales como semiosferas, bordes, cambios, usos, desbordes, intercambios, cruces. Tomaremos del corpus del proyecto una serie de unidades lexicales relacionadas con la toponimia misionera para: operar metodológicamente en las zonas de continuidades y rupturas con el sistema formal y las normas, describir mezclas e hibridaciones y generalizar algunas operaciones de la construcción de un dialecto coloquial, variante del español-argentino estándar con presencia mixturada de guaraní, brasilero y voces inmigrantes que se erigen como emblemas que condensan el sentido de hábitos y creencias muy antiguas, renovadas en la memoria y resistentes a cambios y mandatos coloniales.

Palabras clave

Fronteras interculturales • Toponimia • Hibridaciones cronotópicas

1. Introducción. Habitar un territorio

Habitar un territorio implica recorrerlo, conocerlo, ir más allá del mapa geopolítico que lo diagrama. En el desplazamiento por el *hábitat* respiramos tranquilos y nos *hallamos mismo* porque las percepciones nos resultan familiares: los olores, los sabores, las texturas, los colores y claroscuros, los sonidos, las tonadas, los gestos, el andar... aprendidos en la experiencia vital de compartir con otros la historia, la cultura, el lenguaje, los *hábitos*. Las denominaciones de los lugares transportan en su corporeidad sígnica marcas indelebles de atávicos contactos. Toda esta densidad que pretendemos explorar en los topónimos es, en algún sentido, el motor de nuestra curiosidad investigativa cuando problematizamos la *gramática en uso* de la región que habitamos. Metodológicamente recurrimos a la categoría teórica de *semiósfera* (Lotman, 1996) para marcar deslindes y poner fronteras aleatorias a protocolos y tramas cotidianas: los trabajos, las viviendas, las comidas, las fiestas, los saludos, etc. Estos límites provisorios nos permiten recortar fenómenos discursivos y lingüísticos — enunciados, frases, palabras— cuyas construcciones dan cuenta de operaciones lexicales y gramaticales que resultan de los mestizajes acaecidos y acaeciendo en la historia compartida. En esta ocasión el recorte nos permite construir una semiósfera de lugares y de nombres. Cada pieza lingüística adquiere significación y sentido desde su carácter ubicuo en las coordenadas primarias de espacio y de tiempo, de mapas y de relatos (Camblong, 2014).

La toponimia es un campo de interés de varias disciplinas (Lingüística, Historia, Geografía, Etnografía, etc.); en este caso el cruce interdisciplinar lo proponemos dentro del campo del lenguaje, tratando de comprender e interpretar los significados que atesora un topónimo mediante operaciones de interfaz léxico, morfosintáctica, semántica, discursiva y semiótica. En primer lugar, conceptualizaremos los topónimos como *crono-topos lexicales* para plantear a continuación la diversidad de tiempos históricos (qué historia) y de variedad espacial (qué cartografía) que subyacen en las nomenclaturas. Intentaremos un trabajo reflexivo con signos lingüísticos de la toponimia misionera a partir de un *corpus* reducido correspondiente a nombres de departamentos y municipios (para el caso de la historia) e hidrotopónimos² para la dimensión topológica. Estas piezas léxicas resultan de alto interés heurístico en tanto concentran, sintetizan y atesoran marcas de colonización y resistencias, de pujas históricas, políticas, religiosas, económicas, socioculturales protagonizadas en un territorio multilímitrofe. Un topónimo se convierte entonces en un *crono-topo*, un artefacto lingüístico construido por medio de operaciones de ensambles, cruces, amalgamas, mixturas cuyo análisis léxico-gramatical habilita interpretaciones de un pensamiento mestizo en constante devenir, modificación, corrimiento, dinámica habitual de los espacios liminares.

² La provincia se divide en 17 Departamentos y 75 Municipios. Los accidentes geográficos que más acepciones tienen en los diccionarios toponímicos son los relacionados con la hidrografía.

2. El topónimo, un crono-topo³

La categoría de crono-topo amalgama en su composición lingüística los sentidos primarios de tiempo y espacio, por ello nos resulta especialmente productiva para el estudio de los topónimos de nuestra provincia desde el enfoque investigativo que sustentamos. La fuente primaria de este concepto la encontramos en Bajtín (1989), pero en nuestras investigaciones adquiere relevancia teórica, metodológica y de intervenciones prácticas en diferentes campos⁴. Los proyectos dirigidos y alentados por la directora del Programa de Semiótica de la Universidad Nacional de Misiones (Argentina) han desarrollado numerosos trabajos en los cuales esta categoría que el autor ruso utiliza para el mundo de la novela, es reutilizada para explicar e interpretar experiencias de pasaje, de cruces, de fricciones comunes en nuestra cotidianidad de habitantes de fronteras.

Un paseo por la cartografía de la Provincia nos sitúa en un paisaje de límites plurales, de una geografía diversa y un polisémico e híbrido entramado lingüístico, que transforman el habla en un laboratorio semiótico más que interesante. Las designaciones toponímicas puestas en el centro de los discursos recrean prácticas asociadas con los contextos de producción ubicadas en tiempo y espacio. El análisis de los nombres nos permite levantar algunos pliegues de una cartografía de fronteras múltiples como así también recuperar ecos, sonidos, murmullos de un relato con personajes guaraníes, jesuíticos, evangelizadores, colonizadores, españoles, portugueses, viajeros, inmigrantes, gobernantes intentando poner sus discursos ya en el centro, ya en la periferia, ya soterrados, ya agonizantes... pero todos presentes en la construcción de un mestizaje donde la 'toda-posibilidad' es de nunca acabar y redefinimos el concepto como aquel que:

... alude a procesos de mestizaje que comprenden, abarcan e incluyen operaciones de mixturas, ensambles, traducciones, transmutaciones, montajes, encastres, articulaciones, hibridaciones y fusiones, inmersos en semiosis infinita. No se arriba a una síntesis cerrada y final, no consiste en una identidad completa, sino que se trata de un flujo en marcha de conexiones polivalentes cuyas dinámicas modifican y transforman correlatos semióticos en procesos. (...) El mestizaje en esta acepción abre posibilidad, desafía al pensamiento y reclama otras pautas (...) Al parecer el 'pensamiento mestizo' se interna en territorio peligroso no solo porque será descalificado, sino porque se abisma en lo eventual y desconocido (Camblong, 2014, p. 23).

³ «Vamos a llamar *crono-topo* (lo que en traducción literal significa 'tiempo-espacio') a la conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura. Ese término se utiliza en las ciencias matemáticas y ha sido introducido y fundamentado a través de la teoría de la relatividad de Albert Einstein. (...) lo vamos a trasladar aquí,..., casi como una metáfora (casi, pero no del todo); es importante para nosotros el hecho de que expresa el carácter indisoluble del espacio y del tiempo (el tiempo como la cuarta dimensión del espacio)» (Bajtín, 1989, p. 237).

⁴ En el marco del Programa de Semiótica, dirigido por la Dra. A. M. Camblong, hemos desarrollado estudios en relación con la alfabetización inicial en los umbrales escolares (crono-topos de pasaje) que han dado como resultados propuestas metodológicas situadas que atienden particular y especialmente a los niños rurales y sus modos de significar en los universos familiares y vecinales distantes del mundo escolar.

Tiempo y espacio indisolubles en esa pieza arqueológica, el topónimo, que permite descubrir bajo capas y sedimentos, huellas de *otra* historia, donde las reglas de enunciabilidad, decibilidad, aceptabilidad y visibilidad responden a luchas por imponer y/o resistir, dando cuenta de las relaciones y las asimetrías que se han constituido históricamente (Angenot, 2010).

3. ¿Qué historias? La arqueología del topónimo

Como anticipáramos, en este apartado tomaremos ejemplos del corpus de topónimos referidos a departamentos, municipios y pueblos.

El relato de la configuración de nuestra población nos conecta con los habitantes originarios, hoy reducidos a escasas aldeas de guaraníes *mbya*, con una presencia silenciosa, marginal, desterritorializada, sobrevivientes en una región que paradójicamente asienta sus poderes y marca divisiones sobre lugares cuyos nombres mantienen viva la lengua guaraní. La visión cosmológica, la vida selvática y la lengua aglutinante han sido creadores de nombres de lugares que encierran una perfecta descripción: Moconá (*donde el diablo traga*), Panambí (*mariposa*), Yabebiry (*río de las rayas*), Piray (*agua de los peces*), Yabotí (*enredadera, maraña*), Caá-Yarí (*diosa de la yerba mate*) acentuando la sílaba aguda que le da la particular cadencia a nuestra tonada.

En el siglo XVII llegaron los jesuitas con su obra evangelizadora y la imposición del español. La nueva lengua acompañó la creación de los nuevos pueblos, por supuesto, con nombres del santoral cristiano: Apóstoles, Candelaria, Concepción, San Ignacio, San Javier, San Pedro. La toponimia da cuenta de los primeros cruces culturales: San Ignacio Miní, San Ignacio Guazú⁵.

Con la expulsión de los jesuitas, en el siglo XVIII (1767), y el abandono de las reducciones, la selva volvió a crecer, a arruinar y a ensombrecer otra vez aquellas 'iluminadas construcciones' que por casi dos siglos irrumpieron en la umbría maraña; los aborígenes se desparramaron de nuevo, los proyectos colonizadores de los portugueses invadían la zona, algunos viajeros intrépidos se asombraron con la abundancia natural y la lengua híbrida siguió su curso como los ríos.

En el siglo XIX el proyecto de conformación del Estado nacional nos volvió a poner en escena con la colonización de principios de siglo pasado; así, la actividad de las empresas dedicadas a la colonización y a la explotación de las tierras organizaron la llegada de polacos, alemanes, rusos, ucranianos, suecos, suizos, italianos, que comenzaron a asentarse en los primeros pueblos y colonias cuyos nombres aluden a los puertos precarios sobre el río Paraná en los que desembarcaban: Puerto Iguazú, Puerto Esperanza, Puerto Rico, Puerto Libertad, Puerto Piray, en los que se mantiene la conjunción del español con el guaraní a las que comienzan a integrarse las lenguas inmigrantes. De esta época y estos

⁵ Las Ruinas Jesuíticas se erigen como patrimonios de la humanidad, y la fuerza ideológica y política instaurada por la acción jesuita en la región continúa teniendo poder en la imposición de nombres oficiales. Así por ejemplo, el puente internacional Posadas-Encarnación (año 1990) ha sido bautizado como San Roque González de Santa Cruz.

proyectos inmigratorios quedan topónimos como: Eldorado (fusión morfológica de el+dorado), en clara alusión a las leyendas sobre la ambición áurea de los conquistadores; Montecarlo, forma actual de *montes de Carlos*, que aludía a uno de los pioneros dueño de las tierras; Polana, una colonia fundada por polacos que en esa lengua original significa *claro en el bosque*, en referencia a la construcción del nuevo hábitat en medio la selva; Wanda, localidad del alto Paraná que según sus habitantes rememora el nombre de una princesa polaca. Mientras el territorio se fue poblando de inmigrantes, la explotación del 'oro verde' (yerba mate), el trabajo esclavizante de los tareferos criollos y «el canto triste del pobre mensú» (Ramón Ayala⁶), se recuperan en la memoria en nombres de colonias y parajes como Caá-Yarí (diosa de la yerba mate), Barbacué (lugar donde se secaba la yerba) y Urú (nombre del encargado de mover permanentemente las hojas en los hornos).

Aún hoy sobrevive en las denominaciones toponímicas la 'feria del progreso' que llegó a Misiones a fines del siglo XIX y, en ese nuevo modo de organización, significarían al territorio en las discursividades emergentes de los unos y los otros (Simón, 2016, pp. 21-22).

Tardíamente, en el año 1953, con la provincialización, dejamos de ser territorio nacional y los gobiernos empezaron a definir y ordenar entre otras cosas las cartografías y a castellanizar la toponimia. En continuidad con los ordenamientos catastrales y de división de tierras de la época anterior, se crean los departamentos y municipios imponiendo por decreto las nominaciones de pueblos y ciudades dando prioridad a los nombres de personajes históricos y de fechas patrias en consonancia con la unidad de la nación: General Manuel Belgrano, Leandro N. Alem, Libertador General San Martín, 25 de Mayo, 9 de Julio, etc. Los informes catastrales y los mapas comienzan a fijar los nombres de lugares, aunque en muchos casos el uso hace que se mantengan dos o tres nombres. Como resultado de este ordenamiento, encontramos varios lugares que compartían una misma nominación y en estos casos se asignó como nombre un sintagma compuesto por el genérico antepuesto al específico. Por ejemplo, Iguazú forma sintagma con: arroyo, cataratas, departamento, parque nacional, localidad, municipio, puerto (cada uno de ellos posee una entrada en los diccionarios geográficos). En el caso de Santa Ana, que deviene de las reducciones jesuíticas homónimas del siglo XXVII, cuando las definiciones de catastro y los movimientos colonizadores oficializan el nombre del municipio, se unifican bajo el mismo a los distintos accidentes —cerro, arroyo, paraje, etc.— que hasta entonces eran nombrados con palabras y frases en guaraní.

Camblong (2014) sostiene que «La polifonía de las lenguas en contacto fue tramando un embrollo de disonancias, de amalgamas increíbles y de cruces simbólicos extravagantes que conviven hasta ahora en una misma continuidad» (p. 46). Así, los decretos y mandatos oficiales terminaron 'oficializando' nombres de departamentos de origen guaraní como: Cainguás (nombre de una tribu aborígen); Iguazú (agua grande o caudalosa)⁷ y Oberá (el que brilla o reluce,

⁶ Ramón Ayala, poeta y compositor misionero, quien también da nombre a un arroyo del norte de la provincia.

⁷ Algunos estudios explican el origen de I/Yguazú proveniente de 'I(tú)' (*caída de agua, salto, catarata*) + 'Guzú' (*grande*). Con la caída o pérdida de la sílaba 'tu', su traducción vuelve al original 'I' (*agua*).

brillante). En estas definiciones muchas veces, las características fonológicas y fonéticas de las lenguas generaron debates lexicológicos, lexicográficos y dialectológicos sobre la escritura de algunas voces derivadas del guaraní, que alternan homófonos i/y (Iguazú/Yguazú) o b/v (Oberá/ Overá), inclinando la decisión por adoptar la ortografía actual impuesta por la escritura de uso (Amable, 2012).

El lenguaje de la toponimia invita y desafía —en un sentido diacrónico— a rescatar una historia que, como muestra el acotado desarrollo de este apartado, no está exenta de tensiones y de pujas.

4. ¿Qué lugares? Vecindades en contacto

Los estudios lexicográficos sobre la toponimia en la provincia de Misiones hacen referencia a arroyos, campos, cataratas, cerros, ciudades, colonias, departamentos, establecimientos, islas, laguna, línea, municipios, parajes, parques, picadas, pueblos, puertos, secciones, saltos, rápidos, reducciones, reservas, restingas, riachos, ríos, villas, etc. (Stefañuk, 2009). Es absoluto el predominio de los accidentes hidrográficos, razón por la cual los hidrónimos de esta particular cuenca hídrica constituyen los ejemplos elegidos para este apartado.

La cartográfica expone una vecindad que implica un contacto lingüístico muy estrecho con el guaraní (Paraguay) y el portugués brasileiro (Brasil), en sus variantes dialectales guarañol y portuñol. Un mapa físico de la provincia nos permite advertir que está rodeada por cinco ríos (Paraná, Uruguay, Iguazú, San Antonio, Pepirí Guazú) y solamente dos franjas de frontera seca nos conectan con Brasil en la zona NE (20 km) y con Argentina al Sur en el límite con Corrientes (30 km, un 20 % del perímetro total). Por otra parte, toda la superficie asemeja un entramado o red de hilos que desaguan hacia los ríos limítrofes desde las serranías del centro. Algunas fuentes referencian más de ochocientos cursos de agua permanentes.

En toda la franja de la costa del Alto Uruguay —hoy llamada Ruta costera— vamos encontrándonos con cauces de agua cuyos nombres remiten a términos en brasileiro: Laranjeira (*naranja*), Samambaya (*helecho*), Pesiguero (*duraznero*, en portuñol; del portugués ‘pecegueiro’), Tararira (*pez voraz*), Agua Dos Porcos (*agua de los cerdos*), Macaco (*mono*) y su diminutivo Macaquito/Macaquiño (*monitos*), Chafariz (*fuentes pública*). Los diminutivos de esta vecindad imponen su forma con el sufijo del portugués ‘-iño’ (Saltiño, Capioviciño) pese a los intentos de argentinizarlos.

La identificación de los arroyos suele darse por la detección de bancos de arena en la desembocadura sobre los barrancos del Uruguay, accidente geográfico designado en su forma brasileira como ‘barra’; de ahí que encontremos a lo largo de estas costas más de diez topónimos compuestos con esta palabra: Barra Bonita/ Mansa/ Alegre/ Grande/ Preta/ Tuerta/ Saltito/ etc.

Si cambiamos de ruta y bordeamos el río Paraná, lindante con Paraguay a cada rato nos encontramos con arroyos que traslucen u opacan su composición en

dialecto *asperón* y *basáltico*⁸: Aguapey (*arroyo de los camalotes*), Aguaray (*agua de los zorros*), Caragatay (*arroyo de los caragatá/cardos*), Piray (*arroyo de los peces*), donde advertimos el uso del sufijo 'y' para designar agua/arroyo/río de/. Otros frescos remansos en esta ruta son: Teyucuaré (*cueva o lugar de lagartos*); Mbopicuá (*lugar o cueva de murciélagos*); Paticuá (*lugar de patíes*), ejemplos en los que vemos la partícula 'cua' que significa *lugar de* o *cueva de*, muy común en los topónimos de origen guaraní. En honor a la abundancia de la fauna y de la flora también encontramos nombres que remiten a las distintas especies: Guabirá/Guavirá (*árbol de frutos amarillos*), Guaraipo (*abejas*), Guatambú (*árbol de madera dura*), Mbarigüí (*mosquito*), Tamanduá (*oso hormiguero*). En varios los arroyos de idéntica denominación son diferenciados por el agregado de los adjetivos 'guazú' (*grande*) y 'miní' (*chico*) que adjuntos al nombre conforman una pieza léxica (Piray Guazú/Miní, Itaembé Guazú/Miní). El guaraní cuenta también con el sufijo diminutivo 'i' con el que se forman algunos topónimos (Cabure-í: *buhu pequeño*, Inanmbu-í: *perdiz pequeña*).

Este paseo acuático por los hidrónimos nos sorprende con sonoras onomatopeyas como el arroyo Tororó, que se traduce como *ronca fuerte* (del verbo en guaraní: *irrupir violentamente, invadir*). Stefañuk (2009) lo explica de la siguiente manera:

Voz en guaraní, como sustantivo y verbo activo, se refiere al ruido del chorro de agua y al hacer ese ruido, o sea en español se expresa como borbotear o borbolla. Es este un sonido peculiar en los pequeños torrentes que descienden de serranías, de allí que se han ubicado al menos 4 arroyos con ese nombre (p. 760).

Siguiendo a Sustrova (2011) podemos intuir como rasgo de la mayoría de las denominaciones toponímicas el carácter autoexplicativo por el realismo que proporcionan en relación con la descripción del terreno, propiedades físicas de lugares, especies predominantes, etc. La estructura semántico-dialectal de estas construcciones nos permite comprender en determinado contexto (espacio-tiempo) de la cultura donde funcionan el alcance y sentido que contienen. La enunciación *aquí y ahora* pone en el centro del discurso un *topónimo* y expone en ese enunciado los sedimentos del proceso histórico que lo originó y las características de su ubicación cartográfica. El análisis por medio de operaciones lingüísticas y extralingüísticas nos lleva a develar huellas o marcas de tal ubicuidad.

Nos queda pendiente en este desarrollo el tratamiento de los gentilicios que guardan estrecha relación con el estudio de la toponimia y están reguladas por las mismas reglas y juegos que analizamos en los geónimos.

5. Consideraciones finales

⁸ Camblong describe al dialecto misionero como «asperón» y «basáltico» en alusión a la dura roca volcánica que cubre los lechos de los ríos y arroyos y al áspero, arcilloso y maleable asperón, cuyas formas extrañas y extravagantes resultan «ásperas» a los oídos de la Academia.

Hemos atravesado irregulares y polifónicas topografías identificando intercambios dinámicos entre el español, el guaraní, el brasilero cruzándose con el alemán, el polaco, el sueco, el ucraniano e intentamos aproximarnos a esos matices buscando en los topónimos algunas ‘capas arqueológicas’ que mantienen o permiten reconstruir la memoria de nuestra historia en estas piezas que mantienen vivo un mestizaje irreverente.

La toponimia preserva como fósiles las múltiples lenguas funcionales sucedidas y sedimentadas en el tiempo y sus formas lingüísticas condensan el sentido de hábitos y creencias muy antiguas, cultivan una memoria de borde y alimentan una idiosincrasia devenida de mixturas ancestrales andando hacia próximas mixturas.

El enclave espacial de nuestra enunciación, el lugar donde nos sitúa nuestra lengua, nuestro *locus ubi* es también el territorio elegido para estudiar el lenguaje en un tiempo histórico determinado y en una estancia que se inicia en un punto, donde los parajes se nombran con extrañas construcciones y se desplazan como el Paraná (*pariente del mar*) hacia la semiosis inacabada.

Las amalgamas y enlaces estrafalarios que toman reglas de diferentes niveles y se atreven a otros cruces hacen estallar los sentidos porque el carácter cronotópico nos posiciona en la dimensión espacio-temporal donde las constelaciones mestizas nos interpelan desde el habla, las costumbres, los movimientos, el cotidiano de las fronteras y solicitan también mayor sensibilidad, nuevas metodologías, otras categorías, otras operaciones, otros abordajes.

La relación entre el signo y el hombre, el juego de la denominación se re-con-figura todo el tiempo y los hablantes lo resolvemos con lo que está cerca, con lo que está a mano, con lo visible, con lo que llama la atención y también con lo que está oculto y resuena en la memoria colectiva.

Referencias bibliográficas

- Amable, H. (2012). *Las figuras del habla misionera*. Posadas: EDUNaM.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Bs. Aires: Siglo XXI.
- Bajtín M. M. (1989). *Teoría de la novela*. Madrid: Taurus
- Camblong, A. M. (2014). *Habitar las fronteras...* Posadas: EDUNAM.
- Grünwald, G. (1977). *Diccionario etimológico lingüístico de Misiones*. Posadas: Puente.
- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I*. Madrid: Cátedra.
- Simón, G. (2016). *Umbrática: semiosis de sombra instaladas como escritura*. (Tesis de Maestría en Semiótica discursiva). Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones. Posadas, Misiones, Argentina.
- Stefaňuk, M. A. (2009). *Diccionario geográfico toponímico de Misiones*. Buenos Aires: Contratiempo.
- Sustrová Michaela (2011). *Toponimia en la provincia de Sevilla* (tesis). Disponible en https://is.muni.cz/th/210547/ff_m_b1/Diplomka.doc.
- Trapero Maximiano (1997). Para una teoría lingüística de la toponimia. En Almeida M. y Dorta, J. (eds.), *Contribuciones al estudio de la Lingüística Hispánica. Homenaje a Profesor Ramón Trujillo*, vol. II, pp. 241-253. La Laguna: Montesinos y Cabildo Insular de Tenerife.